

TESTIGOS EN LA ESCUELA

5

**PENSANDO
EN LA
EDUCACIÓN
AGUSTINIANA**

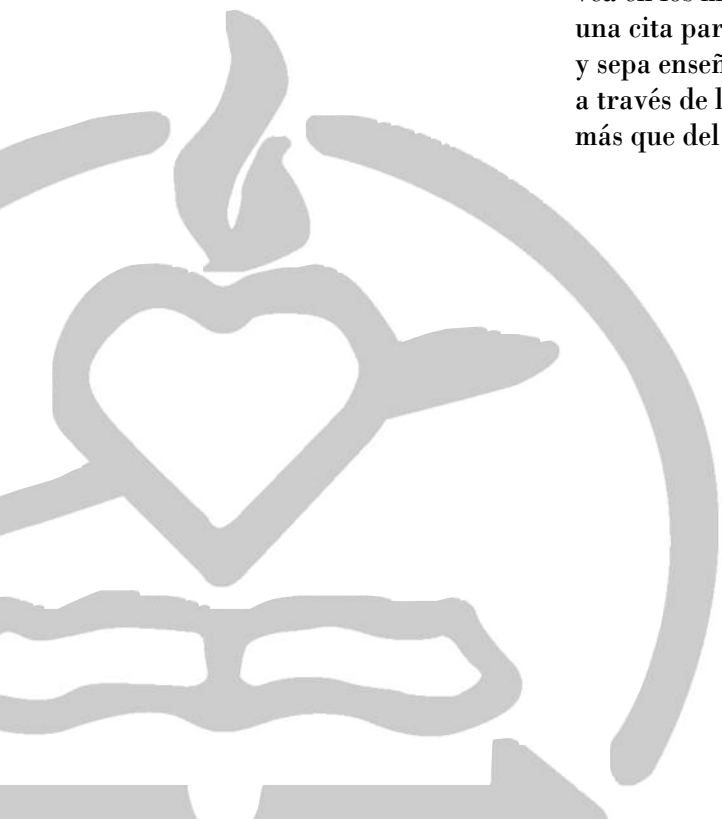
Isaías Díez del Río, OSA



Publica:**FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA****Coordinan:****María Paz MARTÍN DE LA MATA
Santiago M. INSUNZA SECO****Colabora:****Comisión de educación FAE****Imprime:****Grafinat, S.A.
Argos, 8
28037 Madrid****ISBN (Obra completa): 84-932490-0-9****ISBN: 84-96029-08-5****Depósito Legal (Obra completa): M-26.388-2002****Depósito Legal: M-48.024-2002**

ORACIÓN DEL EDUCADOR AGUSTINIANO

Enséñame, Señor, lo que tengo que enseñar,
y enséñame, sobre todo,
lo que tengo que aprender.
Para que también yo
continúe considerándome alumno
en la escuela donde Tú
eres el único maestro
que enseñas desde dentro.
Aumenta mi hambre de verdad
para que no descanse
sobre conquistas fáciles,
sino que convierta la vida entera
en una búsqueda incesante.
Que sepa amar sin condiciones,
como amas Tú,
vea en los más débiles
una cita para la entrega gratuita
y sepa enseñar siempre con alegría
a través de los gestos,
más que del discurso de las palabras.



EL año 1994, la FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA celebró, en Madrid, un encuentro bajo el título AULA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN. Aquella feliz iniciativa –ya en su novena edición– ha contribuido a definir las líneas maestras de la pedagogía agustiniana y a crear un foro de reflexión sobre los temas más vivos de la educación contemporánea. Las ponencias de esas jornadas se han venido publicando, año tras año, y constituyen una bibliografía valorada en el mundo agustiniano de habla hispana.

Con el programa «TESTIGOS EN LA ESCUELA», la FAE quiere, ahora, poner en manos de todos los educadores unos cuadernos monográficos que vayan desgranando los matices diferenciales de una propuesta educativa con sello agustiniano. El manantial de intuiciones que brota del pensamiento de san Agustín no queda aquí agotado, a lo más sugerido.

Los Equipos Directivos de los distintos Colegios instrumentarán la metodología y el calendario más adecuados para ese necesario tránsito de la lectura personal a la reflexión compartida.

La sociedad, particularmente la escuela, necesita *testigos*. Hombres y mujeres que confiesen abiertamente las razones que sostienen su vida y den razón de su esperanza. No hay que *imponer* nada, pero hay que ser capaces de *proponer*. La verdad de la vida cotidiana es el mensaje más transparente. Aunque haya interferencias.

Pensando en la educación agustiniana

ISAÍAS DÍEZ DEL RÍO, OSA

EL título que llevan estas páginas ya sugiere el contenido básico en torno al cual va a girar el tema. Se trata de un intento por ofrecer una breve descripción de lo que se entiende por *educación agustiniana* y, como consecuencia, señalar aquello que la distingue de cualquier otra educación.

PAIDEIA GRIEGA Y EDUCACIÓN CRISTIANA

Agustín, sabio eminente, sobresaliente profesor, y máximo exponente de la cultura de su tiempo, recibió, asumió y aplicó en la vida y en sus escritos el tipo de educación que había sido acuñado con anterioridad por los

griegos. Como para éstos, también para Agustín la educación o *paideia* no es mera enseñanza, ni simple instrucción, acciones ambas encaminadas a impartir y ordenar fragmentos de conocimiento. La educación, para Agustín, igual que para los griegos, tiene por misión fundamental el forjar hombres. Esta formación se logra a través del desarrollo y perfeccionamiento de todas sus facultades, potencias y aptitudes. La *paideia* griega, como la *educación cristiana*, tiene por objeto la formación integral del hombre. Si es integral, debe abarcar todas sus dimensiones: la natural y la espiritual, la individual y la social, la intelectual y la moral, la estética y la física.

Quizás no sea muy aventurado afirmar que el concepto que tenía Agustín de educación no se correspondía exactamente con el que hoy tenemos de esta disciplina. Para Agustín *educación* era sinónimo de *paideia*. Y *paideia* – como acaba de señalar José Ramón Benito (cf. *La Paideia Cristiana: Una*

interpretación. Comentario que hace el autor en Internet a una pequeña obra póstuma de W. Jaeger sobre *Cristianismo primitivo y Paideia griega*— es, a la vez, el ideal a que ha de tenderse y el proceso por el cual se va alcanzando progresivamente dicho ideal. Constituye la interiorización jerárquicamente estructurada de los valores y la conformación del mundo con calidad humana. La *paideia* es, al mismo tiempo, un resultado: el hombre mismo que alcanza la estatura perfecta y los elementos modeladores con los que tal logro es obtenido.

Todo el proyecto educativo de Agustín tiene por principio y meta la educación o formación del cristiano. Si la *paideia* griega se entendía como un proceso formativo de la personalidad humana, la *paideia* cristiana será, para Agustín, el proceso formativo de la personalidad cristiana. Esta concepción educativa representa una metamorfosis de la *morphosis* griega, en el sentido de que sobre todos los contenidos de la cultura griega viene incrustada la fe cristiana. Todo el saber recibido lo pasa Agustín por el filtro de la fe, hasta el punto de convertir la cultura antigua en instrumento de la cultura nueva, que tiene a Cristo por centro.

La *paideia* que Agustín heredó del mundo clásico, estaba, fundamentalmente, constituida por los elementos de la racionalidad (*nous*) griega y la ley (*ius*) romana, a los que Agustín, siguiendo al anterior pensamiento cristiano, inoculó el ingrediente de la fe (*crux*) cristiana.

De la definitiva fusión de estos tres elementos saldrá el conglomerado de la *paideia* cristiana o «*christianitas*» (cristiandad), que habría de dominar todo el medievo.

Con lo dicho, se indica que la concepción educativa de Agustín, como, en general, la de todos los educadores cristianos de la época, es una *teología de la educación cristiana*. En esta teoría de la enseñanza, Cristo es el prototipo del hombre perfecto, el modelo real, la causa eficiente, ejemplar y última de la perfección humana, y, por consiguiente, es el principal actor y el modelo acabado de la formación del hombre. En definitiva, Cristo es el verdadero Maestro y el único Modelo de la educación. El ideal que se busca, el saber que se persigue, es el saber y el ideal de salvación cristiana. En esta concepción pedagógica el proceso educativo está considerado como un camino de perfección. Para Agustín la *paideia* es la *imitatio Christi* (imitación de Cristo), en la que Cristo es a la vez el modelo, el molde y el maestro, o en otras palabras, el Camino, la Verdad y la Vida. La *paideia* agustiniana, en definitiva, es el camino, la «*anábasis divina*» para la «*deificatio humana*».

FUENTES DE LA EDUCACIÓN AGUSTINIANA

Sabido es que san Agustín tiene obras de carácter pedagógico como *De*

Magistro (El Maestro), *De Catechizandis rudibus* (La Catequesis a principiantes), *De doctrina cristiana* (La doctrina cristiana), y otras. Sus ideas, sin embargo, sobre la «filosofía/teología de la educación» se encuentran diseminadas por toda su larga y variada producción literaria. En realidad, como dice un autor, «*toda la filosofía de san Agustín es, en cierto modo, educativa. Cree en la duda y busca la manera de resolverla, iluminando la fe con la razón y, a la vez, la razón con la fe*» (ALBA, V., *Historia social de la juventud*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona 1979, p. 78). Con todo, lo que ha terminado llamándose educación o «pedagogía agustiniana», es un sistema cuyo conglomerado conceptual, aunque no estuviera formulado explícitamente en sus obras, brota necesariamente y se sustenta en la «antropología» agustiniana. De esta antropología o concepción global del hombre, desde su origen hasta su destino, arranca y se mantiene una actitud humana básica ante el hombre, la vida y la realidad toda, incluida, natural y fundamentalmente, la realidad del Otro. Esta apertura o actitud humana se proyecta, lógicamente, sobre todos los ámbitos de la realidad, de los que no puede sustraerse el campo de la educación.

Son también fuente de esta educación –hecho éste con frecuencia olvidado– las obras institucionales y de pensamiento, en las que los seguidores de Agustín han ido dejando plasmado

en la teoría y en la realidad, a lo largo de la historia agustiniana, un sistema coherente de pensamiento pedagógico o una praxis pedagógica, que, por razones obvias, no pueden ser otra cosa que una continuación del pensamiento del fundador.

El discurso pedagógico de Agustín está determinado por la tradición socrático-platónica de la *mayéutica* (alumbramiento, por parte del maestro, de las posibilidades que el discípulo guarda dentro de sí) y de la reminiscencia. De esta tradición arrancan las conocidas teorías agustinianas del maestro y de la interioridad. Sócrates no habla nunca de «discípulos», y rechaza siempre la pretensión de «maestro». A su tarea educadora la llama *tener trato, conversar, dialogar con sus amigos*. Siguiendo sus pasos, Agustín también sostendrá que el verdadero y único maestro que, desde el interior de la conciencia, ilumina y abre ésta a la verdad, es Cristo. Frente a Cristo –el Maestro– todos los hombres son discípulos, aprendices, que, en la acción educadora compartida, deben considerarse y tratarse como amigos y compañeros. Al que entre nosotros normalmente le llamamos *maestro*, es sólo un *ministro* del auténtico Maestro. También para Agustín, como para Sócrates, la verdadera educación consiste en despertar las dotes que dormitan en el alma. Ayudar a sacar (*e-ducere*), dirá el santo, de forma gradual (*Soliloquios* 1,23), a la luz y la actualidad del día, los «gérmenes de

inteligencia y sabiduría, que Dios sembró en toda alma» (*Sermón 21, 2*).

La verdadera esencia de la *paideia* y de la educación socrática es poner al hombre en condiciones de alcanzar la verdadera meta o «telos» de su vida, esto es, cumplir su destino espiritual y moral. Agustín afirmará, en parecidos términos, que toda educación, así como todo conocimiento o *scientia*, sólo tiene sentido si conecta y termina en sabiduría, *sapientia*. En el pensamiento agustiniano la educación y la cultura no son autónomas, ni tampoco heterónomas, sino teónomas, es decir, sapienciales (paradigma ontoteológico). Todo conocimiento arranca de y debe conducir a relacionarnos con la verdad eterna e inmutable: Dios. «Me puse a observar el resto de las cosas que están por debajo de ti –se nos dirá–, y vi que su existencia no era total y su no existencia tampoco lo era. Son porque su esencia dimana de Ti. No son porque no son lo que eres Tú. Sólo tiene verdadera entidad lo que permanece inmutable» (*Confesiones 7,11,17*).

«Lo decisivo se fragua y opera en el secreto interior del discente, donde se da la fecundación y generación de lo nuevo, de lo que innova el ser. El centro de gravedad del acto educativo es la verdad. La insistencia de Agustín en la

mediación interiorizada, es lo que obliga a considerar el proceso educativo como un proceso de autoeducación. Por eso se ha podido decir que “el concepto de educación como autoeducación ha tenido en Agustín su verdadero y primer teórico”. No queda menoscabada con ello la labor del maestro, sino que se verá ennoblecida al experimentarse fecunda en su función admonitiva, movilizadora, excitadora y acompañante. La verdadera satisfacción y recompensa del docente brotará también a la vez como fructificante y gratificadora en la generación de lo nuevo que, por la gracia de sus signos, ha contribuido a dar a luz»

(RAMIRO FLÓREZ, *Razón educativa*, Fundación Universitaria Española, Madrid 1991, p. 172).

ESTILO Y FUNDAMENTO DE LA EDUCACIÓN AGUSTINIANA

Es obvio que la educación agustiniana, en cuanto educación cristiana, no tiene por qué distinguirse de cualquier otra educación cristiana. Todas las instituciones educativas cristianas tienen en común como única razón de ser el formar hombres cristianos, o, en

otros términos, «*lograr la síntesis entre fe y vida desde la síntesis entre fe y cultura*» (SASTRE, J., «Los alumnos, objetivo prioritario de la evangelización en la escuela católica», en AA.VV., *Evangelizar en la escuela*, Ed. CCS, Madrid 1992, p. 81). Por eso, el «carácter propio» que ha de distinguir a las distintas escuelas confesionales entre sí, tiene que radicar, mucho más que en *lo que* ofrecen –que, tanto en lo sustancial, como en lo accidental, pueden coincidir– en *el cómo* lo ofrecen, esto es, en el modo, la actitud, el talante, el estilo con que presenta cada escuela cristiana su oferta educativa.

Un interrogante que el hecho suscita es: si todas las instituciones educativas cristianas educan en y desde los mismos valores cristianos, ¿por qué unas se distinguen de otras? ¿De dónde reciben el carácter propio o idiosincrasia particular? El hecho de tener los mismos principios –y todas las instituciones educativas religiosas los tienen–, no comporta el tener todas el mismo modo de ser y de comportarse, por la sencilla razón de que la identidad de los individuos y los grupos no la forman o constituyen tanto los valores, que pueden ser compartidos, como la jerarquización que los valores adoptan en cada individuo o grupo. Quiero decir que unos mismos valores comunes a varios individuos o grupos, pueden generar diferentes identidades, en función de las distintas jerarquizaciones que puedan tomar esos valores en esos individuos o grupos. Aplicado esto a nuestra reflexión, significa que,

aunque todas las escuelas cristianas estén informadas por los mismos valores –resulta difícil pensar lo contrario–, pueden, sin embargo, tener, y de hecho tienen, distintas identidades, en virtud de la diferente configuración que en cada escuela adquiere la escala de valores.

Si nos fijamos en su semántica, «espíritu», «estilo», «carácter», «carisma», «talante»..., son todos términos afines que denotan modos o maneras singulares de actuar, de responder a la realidad del entorno vital. Expresan todos *una-manera-peculiar-de-actuar*, que, por razones ópticas y psicológicas, brota de *una-manera-peculiar-de-ser*. Esta peculiar manera de ser, en todos los seres, es lo que constituye y se llama la identidad de una cosa, de una persona o de una colectividad. Identidad que –dicho sea de paso– tiende, por su propia naturaleza, a transmitirse al «otro», por y en el mero hecho de abrirse y proyectarse sobre los demás. Decir, pues, que existe un peculiar «talante», *un particular estilo-agustiniano-de-educar*, equivale tanto como a afirmar que existe un estilo de vida, *una identidad-agustiniana-de-ser*.

El hombre, como pura naturaleza, nace. El hombre, en cambio, como persona, se hace. Es decir, el hombre es un ser cultural. Con esto queremos decir que con las identidades no se nace, se adquieren. En este hecho se apoya la importancia de la formación de los educadores agustinianos en la identidad de esta escuela. La identidad de este ser-cultural se logra

a través de los procesos de educación y de socialización. Por medio de estos procesos los nuevos miembros de una cultura, de un grupo, de una institución, aprenden los valores de esa cultura, ese grupo o esa institución, los interiorizan, y, como resultado, configuran y sintonizan sus respectivas vidas con las expectativas sociales que tales valores generan.

LA AMISTAD, SIGNO DE IDENTIDAD DE LA EDUCACIÓN AGUSTINIANA

El *estilo agustiniano* de educar tiene, venimos diciendo, su matriz y principio generador en la antropología agustiniana, que se adquiere o incorpora a las biografías personales de sus seguidores a través de un proceso de formación. Ese estilo se proyecta o manifiesta, de una forma constante, en una específica *actitud* ante el otro, en nuestro caso ante el educando. ¿Qué rasgos o notas definen ese modo genuino y típico de ser agustiniano? La exteriorización de esta actitud nuclear vendría definida por un amplio espectro de irradiaciones: abierta, sincera, cordial, amiga, caritativa, dialogante...; por darle un nombre que englobe todas estas notas y matices, nos atreveríamos a elegir el de *liberal*, en el mejor y más amplio sentido humano y cristiano del término y del concepto. La

denominación más adecuada para designar este *liberalismo/humanismo-cristiano agustiniano* sería la de *amistad agustiniana*, que, según los expertos, es el equivalente de *caridad agustiniana*.

Decíamos, anteriormente, que unos mismos valores pueden dar lugar a identidades diferentes en razón de la diversa jerarquización que esos valores adoptan en los individuos y los grupos. El valor concreto que la *paideia* agustiniana resalta, dentro de la identidad cristiana, es el de la *caridad* transformada en *amistad*. La *amistad*, por tanto, es el rasgo específico de la *paideia agustiniana*; y el *hombre amigo*, el arquetipo de hombre agustiniano.

La amistad es la forma privilegiada del encuentro y comunicación entre las personas. Como forma por excelencia de la relación interpersonal, la amistad nace de la comunidad y engendra comunidad. Por eso, para Agustín, con mucha más razón y fundamento que para Aristóteles, la amistad es la forma básica de la relación institucional entre seres humanos «diferentes». Y no será fácil encontrar un ámbito más propicio que el Centro educativo, para el surgimiento y la práctica de esta forma básica de la convivencia, que eleva la relación amistosa a vínculo objetivo de todos para con todos.

La relación genuinamente amistosa sobrepasa y supera con creces en humanidad a las relaciones que pueden nacer del respeto y la tolerancia. Practicar la amistad significa reconocer al otro en su *otredad*, su diferencia, y asumir su destino como propio, sin invadir sus propios proyectos. La amistad camina un paso por detrás del «amor de proximidad» cristiano. En orden a la convivencia, ha escrito Pedro Laín Entralgo, «*la perfección del cristiano consistirá en aunar ordenadamente el amor de proximidad y el amor de amistad, la amorosa efusión de su haber y su ser hacia otro, en cuanto éste es persona, y la confianza amorosa de intimidad a ese otro, en cuanto éste es tal persona*» (*El problema de ser cristiano*, Ed. Galaxia Gutenberg, Barcelona 1997, pp. 85 y ss.). El restringido horizonte que marca el imperativo de la ética griega: «*ama a tu amigo como a ti mismo*», lo amplía el mandamiento de la ética cristiana, y, por ende, agustiniana, convirtiéndolo en «*ama a tu prójimo como a ti mismo*», donde «prójimo» es cualquier persona, sea o no amiga, que aparece en tu camino. Así lo entendió Agustín. La amistad agustiniana, por eso, es una pulsión-síntesis del eros platónico y el ágape cristiano, esto es, un impulso del alma caracterizado por un *interés* (en dar y servir) *desinteresado* (en recibir y ser servido) en la relación con los demás.

«La amistad es una relación genuinamente interpersonal. En un acto personal, íntimamente vivido como propio, el amigo quiere el bien del amigo (benevolencia personalizada), habla bien de él, sin faltar, por supuesto, a la verdad (benedicencia personalizada), procura efectivamente su bien (beneficencia personalizada), y le confía verbalmente algo sólo para él (benefidencia personalizada). Aunque tanto se abuse socialmente de los términos "amistad" y "amigo", sólo en esto consiste la verdadera amistad, sólo así se es verdadero amigo»

(PEDRO LAÍN ENTRALGO, *El problema de ser cristiano*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 1997, p.88)

Cualquier respuesta que salga de y desde una actitud de amistad, lleva necesariamente la impronta de la comprensión, de la empatía o simpatía, de la tolerancia, de la cordialidad, del amor, porque la amistad agustiniana absorbe el contenido de la caridad cristiana.

Esa manera de ser o identidad de un grupo o institución, no puede dejar de reflejarse en el modo peculiar con que acostumbran a proyectarse y a verse reconocidos socialmente los miembros

que están en posesión de tal identidad. En nuestro caso concreto, por citar un ejemplo, queremos recordar el nombre de Fray Luis de León. Si se repasa su biografía, se verá que es un ejemplo excepcional de apertura mental, tolerancia religiosa y caridad cristiana, en un mundo dominado por la estrechez de ideas y la intolerancia religiosa. En momentos en que miembros de otras instituciones religiosas luchaban entre sí por obtener el título de Inquisidor Mayor del Reino, él fue víctima de la Inquisición, y tras años en la cárcel, regresó a su cátedra, dando por olvidado todo lo pasado con la famosa frase «decíamos ayer...».

LA INTERIORIDAD, RAÍZ Y FUENTE DE LA AMISTAD

La amistad, fuente y foco de irradiación del humanismo agustiniano, es una emanación lógica de la interioridad. Y la interioridad –hontanar de la amistad–, es el rasgo más característico del hombre agustiniano. Desde los griegos, cuna de nuestra cultura, pasando por los romanos, el «conocerse a uno mismo» fue, y ha seguido siendo, el centro de los afanes y quehaceres pedagógicos de todos los humanismos que en el mundo han aparecido. Y es que sólo por la interioridad llego al conocimiento de *mí mismo*, de suerte que, a mayor interioridad, siempre corresponde

mayor grado de conocimiento y conciencia de *sí mismo*. El conocimiento propio lleva consigo el conocimiento de los *otros*, pues, en el hombre, lo más íntimo y privado, es también lo más universal y compartido. Ya lo decía nuestro Francisco de Quevedo: «*para penetrar cómo puede ser cualquier hombre, no necesitamos salir de nosotros; miremos cómo somos y cuáles hemos sido o querido ser muchas veces, y veremos cómo es posible que sean los demás*» (*Epístolas a imitación de las de Séneca*, LXXV).

El primer paso, por tanto, del educador, para poder establecer una relación de amistad con el educando, es poseer ese hondo humanismo que brota del propio autoconocimiento, como reiteradamente lo reconoce Agustín, de que «hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno» (*Carta* 78,8; *Sermón* 233,2). Para llevar a la práctica la vivencia del humanismo derivado de este autoconocimiento, los seguidores del pensamiento de Agustín no tardaron en gestar este óptimo principio de acción en las relaciones humanas: «en lo necesario o cierto –que es muy poco–, unidad y firmeza; en lo dudoso, incierto o discutible –que es lo más–, tolerancia y libertad; en todo y con todos, siempre acogida, respeto y amistad».

Condición indispensable para ejercitar una auténtica amistad, es estar en posesión de una recta y sana autoestima –ese amarse solidario– personal, que convierte en vida y gozo propios lo que se da. Sólo el recto amor a uno mismo (autoestima), posibilita y condiciona el recto amor a los demás (amistad). Si

uno no se ama a sí mismo rectamente, su amor al prójimo fácilmente degenerará en manipulación del prójimo. Todo esto ya lo percibió Agustín, y lo expuso largamente a través de su teoría sobre el amor ordenado de sí mismo (*probus amor sui*) y, su contrario, el amor desordenado de sí mismo (*improbus amor sui*).

«Fue abrumador. Con 22 años era como un millonario. Tenía todo lo que pensaba que había que tener para ser feliz: una casa, una novia preciosa, una carrera, dinero, un montón de gente que me admiraba. Pero no me sentía feliz, y eso me confundía, porque significaba que todo lo que me habían dicho hasta entonces era mentira. Sigue siendo así. La publicidad te dice que si tienes este coche, esto, lo otro, un montón de cosas materiales, incluso una mujer bella, una familia, hijos, serás feliz. Es mentira. La felicidad viene, por lo que ahora he comprendido, de entenderte a ti mismo, de saber quién eres, de quererte y sentirte cómodo con tu propia existencia. Pero cuando era joven no lo sabía. De hecho, me ha costado toda la vida aprenderlo»

(ERIC CLAPTON, Publicado en *El Dominical* del 8 de marzo de 1998, n.º. 58).

PARA EL DIÁLOGO:

¿Qué lugar ocupa en mi vida la amistad como valor?

- **Amistad no es complicidad. Escribe san Agustín: «si el amigo se equivoca, se le ha de enseñar; y si enseña, se le ha de escuchar» (La Trinidad 2, pról. 1) Ordinariamente, ¿se entiende así la amistad?**
- **¿Por qué la interioridad es fuente y fundamento de la amistad verdadera?**
- **¿Cómo traducir la amistad profesor-alumno en el marco de la educación?**

PRINCIPIO DE CORDIALIDAD O PRINCIPIO DE RACIONALIDAD

Es evidente que esa pulsión generadora de esa actitud vital o *manera-especial-de-situarse* el educador ante el educando, propio de la educación agustiniana, de la que venimos hablando, arranca mucho más directamente del corazón que de la razón. Nada, por otra parte, de extrañar en san Agustín, si se tiene en cuenta el valor central que asigna al amor en la vida humana. Para él todo en la vida del hombre viene definido por el amor, hasta el punto de afirmar que «mi amor es mi peso» (*Confesiones* 13,9; *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 7,18). Soy lo que soy por lo que es mi amor, pues «cada hombre es lo que ama» (*Ochenta y tres cuestiones diversas* 83,35). Que son otros modos de decir aquella frase bíblica: «donde está tu

tesoro, allí está tu corazón». Tu tesoro, es decir, lo que realmente pesa en tu vida, lo que centra y da sentido a tu existencia, porque allí ha echado sus anclas tu amor.

El amor es un elemento tan medular en su pensamiento que dos amores –el amor propio o concupiscencia y el amor de Dios o caridad– son para Agustín las dos fuerzas motrices que constituyen la dialéctica histórica, tanto en el ámbito de biografía personal, como de historia social. La dialéctica de esos dos amores –impuro y egoísta, el uno; santo y altruista, el otro– va a generar dos clases de personas (*Comentario literal al Génesis* 11,15,20) y otras tantas clases de ciudades o sociedades: «Dos amores han creado dos ciudades» (*La ciudad de Dios* 12,27,1; 14,28). Para la concepción agustiniana la relación entre el *orden del amor* y la armonía y felicidad de los hombres y de las naciones es tan estrecha y fuerte, que le llevará a lanzar, a modo de consigna revolucionaria, ese conocido mensaje, tan lacónico como pletórico de resonancias: «Ama y haz lo que quieres» (*Tratado sobre la 1ª Carta de San Juan* 7,8).

Todo lo cual nos sugiere que la educación agustiniana, en último término, se reduce a una educación en, del y para el amor; en lograr que el «*orden del amor*» llegue a imponerse y reinar en los individuos y en las sociedades. Para Agustín, el amor ordenado centra a la persona, plenifica la naturaleza, produce sosiego, aquieta,

posibilita el conocimiento y da la vida feliz. El amor desordenado, por el contrario, descentra, desnaturaliza, desasosiega, turba el conocimiento y hace languidecer la vida (A. Fraboschi).

Esta doctrina –a veces explícita, y siempre subyacente–, hará que la educación agustiniana, –y, en general, las obras agustinianas–, esté configurada sobre el que pudiéramos denominar, remedando a H. Marcuse, «*principio de cordialidad*», en mucha mayor medida que sobre el «*principio de racionalidad*». Esta manifiesta sobrevaloración o primacía del corazón sobre y a expensas de la razón en la configuración y dinámica de esta escuela –¿acaso no es su lema: «a la ciencia por el amor/caridad» (*Tratado sobre el Evangelio de San Juan* 7,8)?– será el principal factor a tener siempre en cuenta para explicar muchas de sus virtudes, así como no pocos de sus defectos, en su cotidiano caminar de la institución agustiniana.

«Hermoso es el cariño del verdadero maestro (*magíster*) que enseñándote te impulsa a elevarte más (*magis*) haciéndose a sí mismo menos (*minus*), para que tú crezcas y desarrolles lo mejor que ahora duerme en ti, ese arpegio potencial de tu arpa llamada a poblar el mundo de hermosa lírica. Sí:

la otra cara del *magisteres el minister o servidor*»

(CARLOS DÍAZ, *Diez palabras para educar en valores*, Fundación Emmanuel Mounier, Madrid 1999, p. 29).

EL «HOMBRE AGUSTINIANO»

Todo sistema educativo tiene por meta final la producción de un determinado tipo ideal de hombre. El arquetipo humano de las *paideias* precedentes fue el «*áner aretós*» (el hombre bueno y bello) griego, y el «*cives gravis*» (el ciudadano digno y considerado) romano, a los que vendría luego a sustituir el «*miles christianus*» (el caballero cristiano), del medioevo cristiano. El hombre griego sobresaldrá por la «*areté*» (la virtud), el romano por la «*gravitas*» (la dignidad), y el cristiano por la «*caritas*» (el amor). Los tres arquetipos de hombre comparten la «*humanitas*» (la humanidad), en el sentido amplio de excelencia o plenitud humana. A esta cualidad compartida de la «humanidad», el griego la vestirá de «belleza», el romano de «dignidad», y el cristiano de «solidaridad». Dentro del valor cristiano de la «*caritas*» (el amor), el pensamiento agustiniano resaltará la amistad. De donde saldrá el «*homo amicus*» (el amigo), como paradigma de «hombre agustiniano». ¿Cuáles son las características de este «hombre amigo» de la *paideia* agustiniana?

El *hombre agustiniano* es un hombre profundamente *inquieto*, con un desasosiego en el alma tal, que le lleva a exclamar: «nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (*Confesiones* 1,1,1); volcado hacia el *interior*, en su constante empeño por dar con la verdad que anhela su alma, convencido, como está, de que sólo en la interioridad, «*en el hombre interior*», reside la Verdad (*La verdadera religión* 39,72; *El maestro* 11,38); *incansable buscador de la verdad*, a la que llega, de algún modo, a vislumbrar, pero nunca a alcanzar (*Sermón* 169, 15, 18), que le lleva a «buscar como buscan los que han de encontrar; y encontrar como encuentran los que han de seguir buscando. Porque se ha dicho que el hombre que llega al final, no hace más que empezar» (*La Trinidad* 9,1,1); *hambriento de felicidad*, pues en el fondo de todos sus afanes, «esta sustancia, esta cosa, esta persona que se llama hombre, busca y quiere ser feliz» (*Sermón* 150,5); profundamente *humano*, como resultado de la conciencia que tiene de «ser hombre, y no considerar nada de lo humano ajeno a él» (*Carta* 78,8; *Sermón* 233,2); fiel *amigo y compañero* de camino y de búsqueda de todos cuantos persiguen la verdad (*Sermón* 292,1; *El maestro* 11,38), dispuesto siempre a dar y servir; *solidario* con todos cuantos caen dentro del radio

de su acción y precisan de su acogida y ayuda, pues, aparte de tener a todos los hombres por su «*prójimo*» (*Comentarios a los Salmos* 118,8,2; 25,2,2) es, además, experimentado sabedor de que «*todos necesitamos de los demás, para ser nosotros mismos*» (*Comentarios a los Salmos* 125,13); *comunitario*, dispuesto a «*anteponer las cosas comunes a las propias*» (*Regla* 5,2), convencido de que «*la comunión en los mismos ideales*» (*La ciudad de Dios* 19,24), y el trato amistoso entre todos los miembros del grupo, es el mejor modo de encontrar la paz y felicidad social, ya que «*la caridad crea la cohesión, la cohesión produce la unidad, y la unidad la comunidad*» (*Comentarios a los Salmos* 30,2,1; *Sermón* 103, 4); *libre*, hasta el extremo de hacer de la misma necesidad un ejercicio de libertad, cuando se lo pide la responsabilidad, pues parte del principio de que «*la verdadera libertad no consiste en hacer lo que nos da la gana, sino en hacer lo que tenemos que hacer, porque nos da la gana*» (*Sermón* 344, 4); *sincero*, con la autenticidad que le pide el evangelio, y su estrecha relación y compromiso con la Verdad, que le exige «*armonizar las palabras con las obras*» (*Sermón* 88, 12; *Sermón* 166,2); *esforzado*, por el convencimiento que tiene de que «*Dios sólo ayuda a quien se ayuda a sí mismo*» (*Carta* 147,2), y porque, de su relación con el Creador, sabe que

«*el que te creó sin ti, no te salvará sin ti*» (*Sermón* 169, 11,13); *desprendido* y *generoso*, persuadido, por propia y ajena experiencia, de que «*no es más feliz el que más tiene, sino quien menos necesita*» (*Regla*); *equilibrado*, portador de la medida y armonía que reporta a la persona la posesión de la sabiduría, esa virtud «*medida del hombre, por la que el hombre se mantiene en equilibrio, es decir, sin intentar lo imposible, ni contentarse con lo insuficiente*» (*La vida feliz* 4, 43,34); *trascendente*, porque está intelectualmente convencido de que el origen de las cosas y el destino de los hombres es Dios, su Creador (*La Trinidad* 9,10,13; 12,14,23; 14,8,11), y porque, como *criatura*, interiormente está honda y permanentemente acuciado por la inquietud de encontrarse separado de su Origen, al que se siente imperiosamente arrastrado como único destino capaz de apaciguar su inquieto corazón.

PARA EL DIÁLOGO:

- Con el apartado «El hombre agustiniano» a la vista, subrayar las características que puedan tener mayor actualidad en la sociedad contemporánea.
- Pensando en los alumnos, ¿qué notas habría que subrayar?
- ¿Qué traducción se podría hacer de la trascendencia y de la inquietud agustiniana en el marco escolar?

AGUSTÍN Y LA POSTMODERNIDAD

La actualidad del pensamiento de Agustín se percibe hasta en la afinidad del lenguaje que comparte con algunas de las ideologías actuales. Empezando por la imposibilidad de llegar a conocer toda la Verdad, y tener que contentarnos con disfrutar de pequeños fragmentos de verdad, tantas veces recordado por el santo, hasta la teoría de la interioridad, con su protagonista principal: el maestro interior, todo suena a formulaciones postmodernas y, más concretamente, a doctrinas tan conocidas hoy como es la corriente de la *New Age*. Un estudio sobre las semejanzas y diferencias de ambos pensamientos, no dejaría de ser ilustrativo e interesante, pero no es este el lugar de llevarlo a cabo. Por eso, vamos simplemente a puntualizar algunas de esas formulaciones parecidas.

Sobre la llamada agustiniana a la interioridad a través del conocido eslogan: «No salgas fuera; vuelve a ti mismo; en el hombre interior habita la verdad» (*La verdadera religión* 39,72), sólo hay que decir que no tiene nada que ver con el «psicologismo», que en la actualidad profesa y predica la «Nueva Era», como «una referencia del yo al sí», al que también se llama en esta nueva religiosidad «maestro interior». La interioridad agustiniana no es inmanente egocentrismo, como en la *New Age*, sino trascendente alteridad. No es «supernaturalismo psicológico»,

sino «supernaturalismo teológico». Es una llamada a la búsqueda y encuentro, en el fondo del yo, de la «imagen de Dios» que todo hombre lleva en germen, para, desde ella, ascender al conocimiento y encuentro del Dios Personal de Jesucristo. Lo dice bien claramente el santo: «Vuelve a ti mismo, pero no te quedes en ti mismo. Regresa, primero, a ti mismo desde el destierro de las cosas externas. Y devuélvete, luego, al que te hizo» (*Sermón* 330,3). Aunque con parecida formulación, la idea mística del *Cristo total*, o visión cristoteándrica agustiniana —«somos todos en el Uno (Cristo), hacia el Uno (Dios)» (*Comentarios a los Salmos* 147, 28)—, se opone radicalmente a la visión cosmoteándrica que hoy se proclama en la Nueva Era como el sentido religioso emergente de este tercer milenio (PANIKKAR).

«La antropología que sigue al creer habla de la persona en su totalidad, porque habla de su profundidad. Descubre la singular relación de Dios con cada ser humano, una relación que es la fuente última de su dignidad personal. Señala que ese estar referido es su distinción mayor, y que ahí radica el que el ser humano exija todo respeto: está investido de una prerrogativa que le distingue de todos

los seres y que no puede perder. Por ello, asombro, reconocimiento, respeto, y amor son términos que se enlazan a partir de esa percepción de lo humano que la fe hace posible. Actitudes que comparten en buena medida todos aquellos que no reducen lo humano porque sospechan lo inagotable de su realidad»

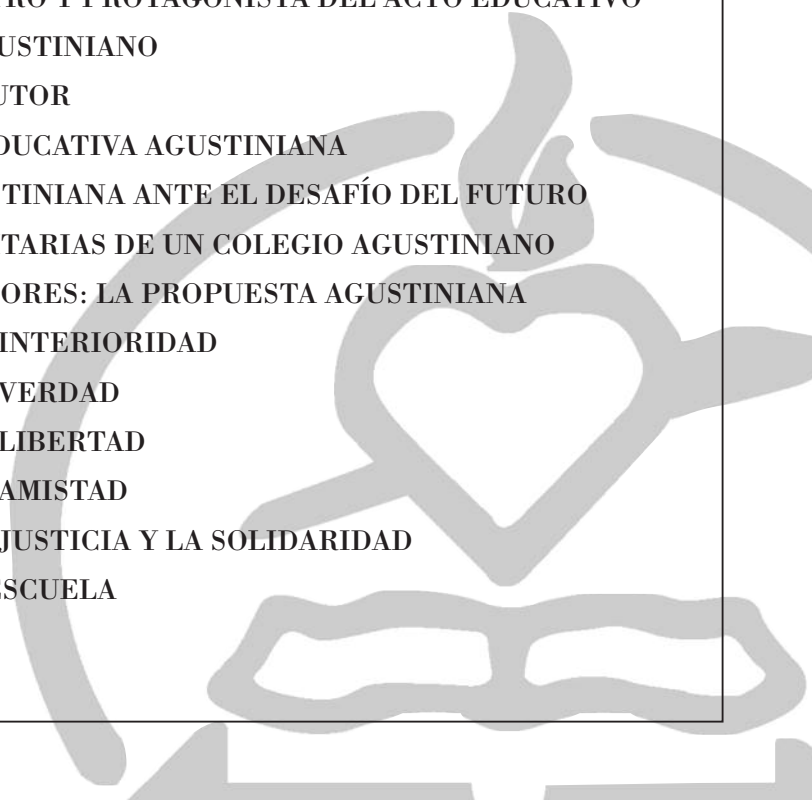
(FELISA ELIZONDO, «Una educación integral desde el cristianismo», en *Educación en valores hoy*, AA.VV., Consejo General de la Educación Católica, Madrid 1993, p. 48)

En la actualidad, está emergiendo una nueva cultura de talante eminentemente

ecológico, femenino y solidario. Esta incipiente nueva sensibilidad cultural busca tender un puente entre el abismo que separa la racionalidad moderna, de la irracionalidad postmoderna. Este despunte cultural con más entrañas de humanidad que la modernidad, sintoniza mucho mejor con el «*principio de cordialidad*» de la *paideia* agustiniana, que con el «*principio de racionalidad*», que predomina en otras antropologías y pedagogías. La *paideia* agustiniana, tanto en el ideal de cultura que promueve, como en el proceso educativo, que intenta formar un arquetipo de hombre acorde con esa cultura, busca la armonía entre los apetitos y la razón, entre los instintos y el *logos*. No en vano, llevada por su lema educativo, intenta producir hombres y culturas de «*corazón ordenado*».

TESTIGOS EN LA ESCUELA

PROGRAMA DE FORMACIÓN PARA EDUCADORES AGUSTINIANOS

1. SAN AGUSTÍN CONTEMPORÁNEO
 2. SAN AGUSTÍN, PENSADOR Y SANTO
 3. LOS NUEVOS HORIZONTES DE LA EDUCACIÓN
 4. EDUCACIÓN Y EVANGELIZACIÓN
 5. PENSANDO EN LA EDUCACIÓN AGUSTINIANA
 6. PERFIL DE UNA PEDAGOGÍA AGUSTINIANA
 7. HACIA UNA METODOLOGÍA AGUSTINIANA
 8. EL IDEARIO O CARÁCTER PROPIO DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 9. PSICOLOGÍA DE LAS RELACIONES PERSONALES
 10. EL ALUMNO, CENTRO Y PROTAGONISTA DEL ACTO EDUCATIVO
 11. EL EDUCADOR AGUSTINIANO
 12. LA FIGURA DEL TUTOR
 13. LA COMUNIDAD EDUCATIVA AGUSTINIANA
 14. LA ESCUELA AGUSTINIANA ANTE EL DESAFÍO DEL FUTURO
 15. OPCIONES PRIORITARIAS DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 16. EDUCACIÓN Y VALORES: LA PROPUESTA AGUSTINIANA
 17. EDUCAR PARA LA INTERIORIDAD
 18. EDUCAR PARA LA VERDAD
 19. EDUCAR PARA LA LIBERTAD
 20. EDUCAR PARA LA AMISTAD
 21. EDUCAR PARA LA JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD
 22. TESTIGOS EN LA ESCUELA
- 

Cuadernos 